

6

αγορα

E. P. Sanders

La figura histórica
de JESÚS

verbo divino

LA FIGURA HISTÓRICA DE JESÚS

E. P. Sanders

La figura histórica de Jesús

evd

Para Jack y Susan

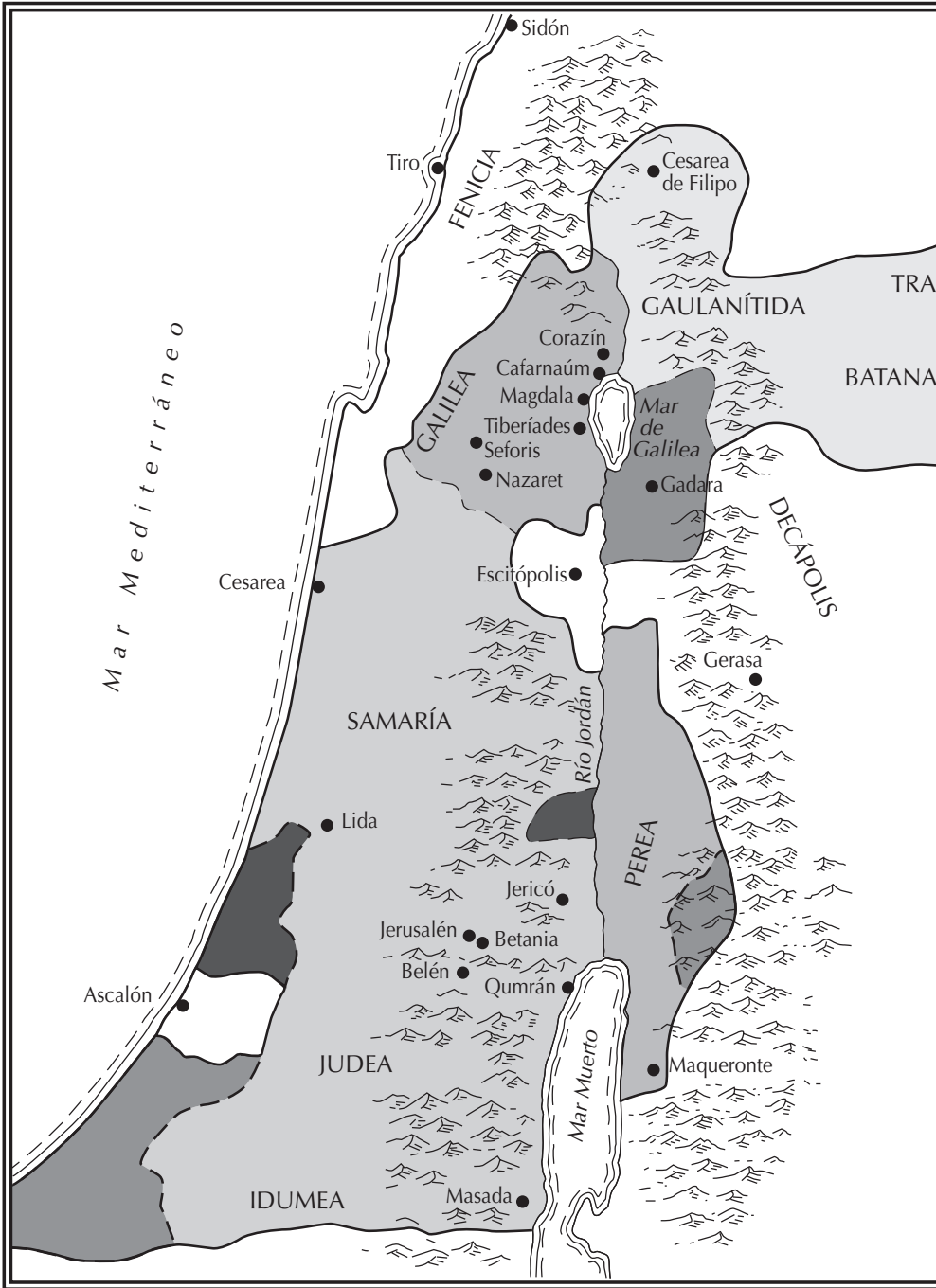
Contenido

Mapa de Palestina en tiempos de Jesús.....	9
Lista de abreviaturas.....	11
Tabla cronológica.....	13
Prefacio.....	15
1. Introducción.....	17
2. Esbozo de la vida de Jesús.....	27
3. El contexto político.....	33
4. El judaísmo como religión.....	55
5. Las fuentes externas.....	73
6. Los problemas de las fuentes primarias.....	81
7. Dos contextos.....	101
8. El escenario y el método del ministerio de Jesús.....	121
9. El comienzo del ministerio de Jesús.....	135
10. Los milagros.....	155
11. La llegada del Reino.....	191
12. El Reino: Israel, los gentiles y los individuos.....	211
13. El Reino: inversión de valores y perfeccionismo ético.....	219
14. Contienda y oposición en Galilea.....	229
15. La visión que Jesús tenía de su papel en el plan de Dios.....	261
16. La última semana de Jesús.....	273
17. Epílogo: La resurrección.....	299
Apéndice I: Cronología.....	305
Apéndice II: Los discípulos de Jesús.....	317
Índice de nombres y materias.....	319

Índice general

Palestina en tiempos de Jesús (mapa)	9
Abreviaturas	11
Tabla cronológica	13
Prefacio	15
1. Introducción	17
2. Esbozo de la vida de Jesús	27
3. El contexto político	33
<i>El gobierno de Galilea en tiempos de Jesús</i>	39
<i>Judea en tiempos de Jesús</i>	41
4. El judaísmo como religión	55
<i>El judaísmo común</i>	55
<i>Los sacerdotes y los partidos: la cuestión del liderazgo</i>	61
5. Las fuentes externas	73
<i>La literatura no cristiana</i>	73
<i>Fechas y astronomía</i>	75
6. Los problemas de las fuentes primarias	81
<i>La historia del material evangélico</i>	82
<i>Anonimia</i>	87
<i>Los sinópticos y Juan</i>	90
<i>Los evangelios sinópticos como biografías</i>	96
7. Dos contextos	101
<i>El contexto teológico: la historia de la salvación</i>	103
<i>El contexto de la actividad pública de Jesús</i>	114

8. El escenario y el método del ministerio de Jesús	121
<i>Galilea</i>	125
<i>Un movimiento itinerante</i>	131
9. El comienzo del ministerio de Jesús	135
<i>Ayuno y tentación (Mc 1,12s; Mt 4,1-11; Lc 4,1-13)</i>	135
<i>El llamamiento de los discípulos</i>	140
<i>Discípulos, seguidores y partidarios</i>	145
<i>El sumario de Marcos del ministerio inicial</i>	150
10. Los milagros	155
<i>Los milagros y la magia en el mundo antiguo</i>	158
<i>Los milagros de curación (excepto las expulsiones de demonios)</i>	166
<i>Expulsiones de demonios</i>	172
<i>Milagros del ámbito de la naturaleza</i>	176
<i>La significación de los milagros de Jesús</i>	180
11. La llegada del Reino	191
12. El Reino: Israel, los gentiles y los individuos	211
<i>Los gentiles y el Reino futuro</i>	213
<i>El pequeño rebaño</i>	215
13. El Reino: inversión de valores y perfeccionismo ético	219
<i>El perfeccionismo y la nueva era</i>	221
14. Contienda y oposición en Galilea	229
<i>Las "antítesis" (Mt 5,21-48)</i>	234
<i>Un grupo de historias de conflicto (Mc 2,1-3,6)</i>	236
<i>Discrepancias sobre tradiciones (Mc 7 // Mt 15)</i>	242
<i>Tradiciones positivas</i>	247
<i>Otros temas legales y posibles puntos de conflicto</i>	248
15. La visión que Jesús tenía sobre su papel en el plan de Dios	261
<i>Títulos</i>	262
16. La última semana de Jesús	273
<i>Los actos de Jesús</i>	277
<i>El prendimiento de Jesús</i>	288
<i>La recomendación de ejecutar</i>	293
<i>La decisión de Pilato</i>	297
<i>La ejecución</i>	298
17. Epílogo: la resurrección	299
Apéndice I: Cronología	305
Apéndice II: Los discípulos de Jesús	317
Índice de nombres y materias	319
Índice general	331



0 10 20 30

63 kilómetros



Palestina en tiempos de Jesús

— Límite del reino de Herodes

 Parte de Arquelao

 Parte de Herodes Antipas

 Parte de Filipo

 Parte de la provincia de Siria

 Porción de Salomé

Abreviaturas

- AEC Antes de la Era Común (= a.C.).
- Antig.* Josefo, *Antigüedades judías*, en Josefo, *Works*, edición y traducción a cargo de H. St J. Thackeray, Ralph Marcus, Allen Wikgren y Louis Feldman, Loeb Classical Library, 10 vols., Londres y Cambridge (Ma.) 1926-1965 (trad. esp.: *Antigüedades judías*, Clie, Tarrasa 1988, 3 vols.).
- BJ Biblia de Jerusalén.
- BP Biblia del Peregrino.
- EC Era Común (= d.C.).
- Guerra* Josefo, *La guerra judía*, en Josefo, *Works* (como *supra*) (trad. esp.: *La guerra de los judíos*, Iberia, Barcelona 1983, 2 vols.).
- HJP Emil Schürer, *History of the Jewish People in the age of Jesus Christ*, revisado y editado por Geza Vermes, Fergus Millar y Martin Goodman, 3 vols. en 4 partes, Edimburgo 1973-1987 (trad. esp.: *La historia del pueblo judío en tiempos de Jesús*, Madrid 1985, 2 vols.).
- J&J* E. P. Sanders, *Jesus and Judaism*, Londres y Filadelfia 1985.
- JLJM* E. P. Sanders, *Jewish Law from Jesus to the Mishnah: five Studies*, Londres y Filadelfia 1990.
- LB La Biblia.
- NC Versión de la Biblia de Nácar-Colunga.
- NRSV New Revised Standard Version de la Biblia.
- P&B* E. P. Sanders, *Judaism: Practice and Belief, 63 BCE-66 CE*, Londres y Filadelfia 1992.

RSV
SSG

Revised Standard Version de la Biblia.
E. P. Sanders y Margaret Davies, *Studying the Synoptic Gospels*, Londres y Filadelfia 1989.

//

Paralelo (Mt 9,14-17 // Mc 2,18-22 significa que el segundo pasaje es paralelo del primero).

Tabla cronológica

597 AEC	Nabucodonosor de Babilonia conquista Jerusalén, los judíos principales son llevados al exilio en Babilonia.
559-332	Palestina bajo mandato persa.
538	Comienzo del retorno a Jerusalén.
520-515	Reconstrucción del Templo.
333-332	Alejandro Magno conquista Palestina.
c. 300-198	Palestina bajo los tolomeos de Egipto.
198-142	Palestina bajo los seléucidas de Siria.
175-164	Antíoco IV (Epífanos), rey de Siria.
167	Profanación del Templo; comienzo de la rebelión asmonea (macabea).
166-142	Lucha asmonea por la plena autonomía.
142-37	Período asmoneo.
63	Pompeyo conquista Judea.
63-40	Hircano II, sumo sacerdote y etnarca.
40-37	Antígono, sumo sacerdote y rey.
37-4	Herodes el Grande, rey.
31	Batalla de Actium: Octavio (que más tarde recibió el título de Augusto) alcanza la supremacía en el imperio romano.

- 4 AEC-6 EC Arquelao etnarca, soberano de Judea.
- 4 AEC-39 EC Antipas tetrarca, soberano de Galilea y Perea.
- c. 4 AEC **Nacimiento de Jesús de Nazaret.**
- 6-41 EC Prefectos romanos gobiernan Judea.
- 14 Tiberio sucede a Augusto como emperador.
- c. 18-36 José Caifás, sumo sacerdote judío.
- 26-36 Poncio Pilato, prefecto de Judea.
- c. 30 **Muerte de Jesús.**
- 37 Gayo (Calígula) sucede a Tiberio como emperador.
- 41 Claudio sucede a Gayo.
- 41-44 Agripa I, rey, gobierna sobre el antiguo reino de Herodes.
- 44-66 Procuradores romanos gobiernan Judea, Samaría y parte de Galilea.
- 48-66 Agripa II va recibiendo poco a poco partes del reino de su padre.
- 66-74 Rebelión judía contra Roma.
- 70 Caída de Jerusalén, destrucción del Templo.

Prefacio

La mayoría de los estudiosos que escriben sobre el mundo antiguo se sienten obligados a advertir a sus lectores que nuestro conocimiento puede ser, en el mejor de los casos, parcial y que la certeza raramente se alcanza. Un libro acerca de un judío del siglo I, que vivió en una región bastante insignificante del imperio romano, debe llevar tal advertencia a modo de prólogo. Sabemos de Jesús por libros escritos pocas décadas después de su muerte, probablemente elaborados por personas que no se contaron entre sus seguidores mientras él vivió. Lo citaron en griego, que no era su primera lengua, y, en cualquier caso, las diferencias entre nuestras fuentes demuestran que sus palabras y obras no fueron conservadas perfectamente. Poseemos muy poca información sobre él, aparte de las obras escritas para glorificarlo. Hoy en día no contamos con buena documentación sobre lugares tan apartados como Palestina; tampoco contaban con ella los autores de nuestras fuentes. No tenían archivos ni documentos oficiales de ningún tipo. Ni siquiera tenían acceso a buenos mapas. Estas limitaciones, comunes en el mundo antiguo, se traducen en abundante incertidumbre.

Admitiendo estas dificultades y muchas otras, los estudiosos del Nuevo Testamento se pasaron varias décadas –aproximadamente de 1910 a 1970– diciendo que nuestro conocimiento sobre el Jesús histórico se podía calificar de entre muy poco y prácticamente inexistente. El exceso lleva a la reacción, y en las últimas décadas nos hemos vuelto más confiados. De hecho, la confianza ha aumentado vertiginosamente, y la bibliografía especializada reciente contiene lo que considero afirmaciones temerarias e infundadas sobre Jesús, hipótesis sin pruebas que las apoyen.

Mi opinión personal es que estudiar los evangelios es un trabajo sumamente duro. Comprendo a los estudiosos que desesperan de encontrar pruebas abundantes y válidas acerca de Jesús. Pienso, no obstante, que el trabajo da buenos resultados en las formas modestas que son de esperar en el estudio de la historia antigua.

El presente libro ofrece una relación de las dificultades y de los bastante modestos resultados que considero básicos y relativamente seguros —muy seguros con relación al resto de nuestros conocimientos sobre la Palestina antigua en general y las figuras religiosas judías en particular—. Sabemos mucho de Jesús, infinitamente más que sobre Juan el Bautista, Teudas, Judas el Galileo y cualquiera de las demás figuras cuyos nombres nos han llegado más o menos de su mismo tiempo y lugar.

Mientras escribía, era consciente de que las páginas de material introductorio se me apilaban. Pese a mi intención de reducirlas, de un borrador a otro aumentaban en número sin parar. Mi deseo sigue siendo que el lector pueda llegar al meollo de la cuestión más rápidamente, pero pienso que los capítulos introductorios son necesarios. El conocimiento de los evangelios sigue estando muy difundido, incluso en nuestra secularizada era, pero la comprensión de sus problemas críticos es menos común. No me gusta decir que hay una dificultad sin aclarar cuál es: esto explica gran parte del material. También he ofrecido una descripción más detallada de lo habitual del contexto político y religioso de la vida de Jesús, pues lo más frecuente es que estos temas queden tergiversados en los libros escritos sobre Jesús, tanto por los aficionados como por los profesionales.

Sin embargo, he economizado en algunas cosas, especialmente al dar referencias. Evito los debates con otros especialistas y las notas bibliográficas finales citando mis propias obras anteriores, donde he analizado más ampliamente tanto las fuentes primarias como la literatura secundaria. También he intentado reducir al mínimo el análisis de palabras y expresiones extranjeras.

Las citas bíblicas siguen por lo general la Revised Standard Version, que sigo considerando como la traducción inglesa más satisfactoria en conjunto, pero ocasionalmente he utilizado la New Revised Standard Version. [En la traducción española se ha empleado fundamentalmente la versión de La Biblia (LB) y, en algún caso, la de la Biblia de Jerusalén (BJ)]. A veces he modificado la traducción para hacer resaltar de forma más precisa la expresión del texto griego.

Rebecca Gray leyó y comentó dos borradores de este libro, por lo cual le estoy muy reconocido. Agradezco a Frank Crouch el haber preparado el índice de textos y a Marlena Dare el haberlo mecanografiado. También deseo dar las gracias a Peter Carson y a Miranda McAllister, de Penguin Books, por sus valiosísimos consejos y su mucha paciencia, y a Donna Poppy por su meticuloso trabajo sobre el texto mecanografiado.

1

Introducción

Una mañana de primavera, allá por el año 30, las autoridades romanas de Judea ejecutaron a tres hombres. Dos eran “bandidos”, hombres que tal vez fueran ladrones, bandoleros o salteadores de caminos interesados únicamente en su propio beneficio; pero también es posible que fueran insurgentes cuyo bandolerismo tuviera una finalidad política. El tercero fue ejecutado como criminal político de otro tipo. No había robado, saqueado ni asesinado, y tampoco había almacenado armas. Fue convicto, sin embargo, de haber pretendido ser “rey de los judíos”, un título político. Los que asistían a la ejecución, entre quienes se encontraban algunas de las mujeres que habían seguido al tercer hombre, sin duda pensaban que sus esperanzas de “insurgencia” con éxito habían quedado destruidas y que el mundo apenas advertiría lo que sucedía esa mañana de primavera. Durante bastante tiempo, el mundo –según lo representan las reliquias literarias de los miembros de la elite del imperio romano– ciertamente prestó a ese hecho muy poca atención. Por supuesto, al final resultó que el tercer hombre, Jesús de Nazaret, se convirtió en una de las figuras más importantes de la historia humana. Nuestra tarea es entender quién fue y qué hizo.

No voy a intentar explicar por qué ha sido tan importante en los siglos posteriores a su muerte. Ésa es otra cuestión, y requiere el estudio del desarrollo de la teología cristiana a lo largo de los siglos que siguieron a la ejecución de Jesús, especialmente durante los cuatro siglos siguientes. Jesús llegó a ser el centro de una religión nueva y se convirtió en una figura *teológica*: no sólo en el fundador histórico de un movimiento religioso, sino en alguien cuya persona y obra eran materia del pensamiento filosófico y teológico. Durante casi dos mil años, la mayoría de los cristianos han considerado la enseñanza de Jesús y sus actividades en Palestina menos importantes que su relación con Dios Padre y que la trascendencia que Dios atribuyó a su vida y especialmente a su muerte: murió como sacrificio por los pecados del mundo entero.

Diré unas pocas palabras más acerca del Cristo de los credos cristianos en el capítulo 10; en este momento sólo deseo aclarar que este libro no es un tratado de teología. No voy a analizar lo que Dios hizo, o no hizo, a través de la vida y muerte de Jesús, ni el modo en que Jesús participa, o no participa, en la divinidad. Me propongo analizar al ser humano Jesús, que vivió en un determinado lugar y tiempo, y buscaré pruebas y propondré explicaciones exactamente igual que hace cualquier historiador cuando escribe sobre una figura de la historia.

Ciertamente, en este trabajo la teología será importante en otro sentido. Jesús tuvo ideas teológicas, lo mismo que sus seguidores. Quienes transmitieron y desarrollaron las tradiciones acerca de Jesús, y los autores de los evangelios, concedieron a aquél un lugar importante en su comprensión de la actividad de Dios en el mundo. Ocasionalmente examinaré la teología de los primeros cristianos, pues resulta necesario para analizar lo que escribieron sobre Jesús, y examinaré más ampliamente la teología propia de Jesús, pues ésta constituye un elemento muy importante de su identidad. No intentaré, sin embargo, ajustar estas teologías con el dogma cristiano posterior. Creo que hubo continuidades entre lo que pensó Jesús y lo que pensaron sus discípulos tras su muerte, y entre lo que pensaron éstos y lo que creyeron los cristianos de siglos posteriores. Pero también hubo cambios y evoluciones. No seguiré esta interesante historia más allá de la fecha del último evangelio, el año 80 aproximadamente.

La teología propia de Jesús y las teologías de sus primeros seguidores son cuestiones históricas, que se han de examinar de la misma manera que se estudia lo que Jefferson pensó acerca de la libertad, lo que Churchill pensó acerca del movimiento obrero y las huelgas de 1910 y 1911, lo que Alejandro Magno pensó acerca de la unión de Grecia y Persia en un imperio, y lo que sus contemporáneos pensaron acerca de estos grandes hombres mientras todavía vivían.

Puesto que algunos lectores no estarán acostumbrados a examinar históricamente la vida y el pensamiento de Jesús, deseo poner en perspectiva el presente trabajo diciendo algunas palabras sobre los otros temas que acabamos de mencionar. Entrañan diferentes grados de dificultad, y requieren el uso de diferentes tipos de material. El pensamiento de Jefferson sobre la libertad y el gobierno es un tema amplio, que requiere un estudio cuidadoso, pero sobre el cual la documentación es muy buena, en parte gracias a la abundante correspondencia de Jefferson, que se ha conservado cuidadosamente.¹ Las actuaciones de Churchill con respecto a la huelga de

¹ Además de los volúmenes completos con la correspondencia y otros papeles de Jefferson, hay varios manuales útiles, como Adrienne Koch y William Peden (eds.), *The Life and Selected Writings of Thomas Jefferson*, 1944, 1972.

mineros de 1910 y a la huelga ferroviaria de 1911, y en particular sus órdenes a la policía y al ejército acerca del uso de la fuerza, fueron ampliamente analizadas por la prensa de la época, y a raíz de todo eso surgieron opiniones populares que se han mantenido hasta el día de hoy, pero que a menudo son incorrectas. El historiador debe evaluar cuidadosamente los diversos relatos, que incluyen rumores y habladurías, con el fin de establecer con exactitud lo que Churchill hizo y lo que pensó a propósito de cuestiones que provocaron grandes pasiones. Parece que un estudio completo de toda la documentación, tanto pública como privada, le exonera en buena medida de las acusaciones hechas contra él.² Lo que Alejandro Magno pensó acerca de sus conquistas sin parangón es una cuestión oscura, a la que no se puede dar una respuesta definitiva basándonos en las pruebas de que disponemos actualmente. Sabemos que conquistó el imperio persa, que se casó con una princesa persa y que ordenó a algunos de sus oficiales casarse con mujeres de la nobleza persa. Pero lo que pensó exactamente está fuera de nuestro alcance. Podemos concluir, de forma genérica, que buscó algún tipo de unión o armonía entre sus oficiales macedonios y la nobleza persa, pero no podemos decir con precisión qué pretendía.³

Todas estas cuestiones se parecen en un aspecto fundamental a las relativas a Jesús: los personajes principales son figuras legendarias. La gente habló de ellos y transmitió relatos sobre ellos ya durante su vida, y el paso de los años ha destacado algunos aspectos de sus vidas, al tiempo que hacía olvidar en gran medida otros. En el estudio de Jefferson o Churchill, el estudioso tiene fuentes excelentes para llegar más allá de la leyenda y el rumor. El biógrafo de Jefferson tiene una cantidad sumamente abundante de material de primera mano, mientras que el biógrafo de Churchill está casi sumergido en pruebas. Averiguar lo que pensaba Jesús se acerca mucho más a la búsqueda del Alejandro histórico. No ha llegado hasta nosotros ningún escrito de Jesús. Los documentos más o menos contemporáneos suyos, dejando aparte los del Nuevo Testamento, prácticamente no arrojan luz alguna sobre la vida o la muerte de Jesús, aunque revelan muchas cosas sobre el ambiente social y político en que se desarrolló. Las fuentes principales de nuestro conocimiento de Jesús como tal, los evan-

² Véase el vigoroso relato de Randolph Churchill, en el cual censuraba a “los propagandistas” que crearon una “demonología socialista” acerca de su padre: *Winston S. Churchill 1901-1914: Young Statesman*, 1967, pp. 359-372. Más recientemente, véase: William Manchester, *The Last Lion. Winston Spencer Churchill. Visions of Glory 1874-1932*, 1983, pp. 417s; Martin Gilbert, *Churchill: A Life*, 1991, pp. 219-221, 231-233.

³ Sobre estos matrimonios, véase Robin Lane Fox, *Alexander the Great*, 1973 (Penguin ed., 1987), pp. 417-419.

gelios del Nuevo Testamento, están viciados, desde el punto de vista del historiador, por el hecho de que quienes los escribieron intentaban glorificar a su héroe. Las fuentes sobre Jesús son mejores, sin embargo, que las que tratan de Alejandro. Todas las biografías originales de Alejandro se han perdido, y solamente se conocen porque fueron usadas —mucho más tarde— por escritores posteriores.⁴ Las fuentes primarias sobre Jesús se escribieron en un tiempo más cercano a los años en que él vivió, y por aquel entonces todavía vivían personas que lo habían conocido. Ésta es una de las razones por las que podemos decir que en algunos aspectos sabemos más sobre Jesús que sobre Alejandro. Por otra parte, Alejandro modificó la situación política de buena parte del mundo en tan gran medida que el esquema fundamental de su vida pública resulta en verdad muy bien conocido. Jesús no cambió las circunstancias sociales, políticas ni económicas de Palestina. Pese a ello, como veremos luego con más detalle, poseemos una noción suficiente del curso exterior de su vida, especialmente de su vida pública. La superioridad de las pruebas sobre Jesús se comprueba cuando nos preguntamos acerca de lo que pensó. Sus seguidores iniciaron un movimiento basado parcialmente en lo que Jesús mismo había enseñado y hecho. Si somos capaces de descubrir cuáles de sus ideas procedían de Jesús, sabremos mucho del pensamiento de éste. El estudio diligente de los evangelios a menudo puede distinguir entre el depósito de las opiniones propias de Jesús y las opiniones de sus seguidores, como veremos luego con más detalle.⁵ Nuestra confianza se ve aumentada por el hecho de que algunas de nuestras fuentes son independientes entre sí. Pablo aporta datos importantes que revelan algunas de las opiniones y expectativas de Jesús, y las cartas de Pablo se escribieron antes que los evangelios. Por otro lado, sus cartas fueron reunidas y publicadas después de que hubieran sido escritos los evangelios; así, Pablo no conocía los evangelios, y los autores de los evangelios no conocían las cartas de Pablo.

No obstante, nuestras fuentes dejan mucho que desear. Los evangelios transmiten los dichos y los hechos de Jesús con un lenguaje que no era el suyo (él enseñó en arameo, los evangelios están en griego), y sitúan cada información en un contexto ideado por sus seguidores, generalmente por seguidores a distancia. Aun cuando supiéramos que tenemos sus mismas palabras, todavía tendríamos que temer que la cita estuviera fuera de contexto.⁶

⁴ Véase Robin Lane Fox, *Alexander the Great*, pp. 409s.

⁵ Sobre pruebas de “autenticidad”, véanse por ejemplo *infra* pp. 116-117, 204.

⁶ Véanse *infra* pp. 81-83.

El historiador que estudia a un gran ser humano y comunica todos sus hallazgos, casi con seguridad escribirá cosas, algunas al menos, que ciertos admiradores preferirían no leer. Los que se forjaron una imagen de Jefferson imaginando el carácter del autor de la Declaración de Independencia podrían quedar escandalizados por un estudio sobre su vida amorosa y su consumo de alcohol. Quienes consideran a Churchill el hombre que “hizo formar al idioma inglés y lo envió a la guerra” (como dijo de él John Kennedy) encontrarán menos atractiva una descripción de Churchill como político de ámbito nacional. Esto no es una advertencia de que yo vaya a “revelar” sobre Jesús algo verdaderamente escandaloso, como una promiscuidad sexual, por ejemplo. Me atenderé a las pruebas, que guardan silencio absoluto sobre esos temas. Si Jesús tuvo defectos serios, resulta imposible encontrarlos. Sin embargo, no escribiré sólo acerca de lo amable que fue, ni tampoco pasaré por alto aquellos aspectos de su vida y pensamiento que muchos de sus admiradores más ardientes desearían hacer desaparecer. Tenemos que entender por qué suscitó controversia y por qué tuvo enemigos. La opinión cristiana tradicional de que los demás judíos lo odiaban porque era bueno y porque favorecía el amor, cosa a la que ellos se oponían, no bastará. Intentaré ocuparme de él y de sus contemporáneos de modo más realista.

La búsqueda del Jesús de la historia tiene ya más de 200 años. A finales del siglo XVIII, un puñado de europeos valientes empezaron a aplicar la crítica literaria e histórica a los libros del Nuevo Testamento, que hasta entonces había quedado fuera de sus límites: demasiado sagrado para la investigación profana del Renacimiento y la Ilustración.⁷ La lectura de los informes sobre Jesús escritos durante este período de 200 años por estudiosos serios y entregados pone de manifiesto que las conclusiones han sido extraordinariamente diversas, hecho que induce a muchos a pensar que en realidad no sabemos nada. Se trata de una reacción exagerada; sabemos muchas cosas. El problema es conciliar nuestro conocimiento con nuestras esperanzas y aspiraciones. Debido a la importancia posterior de Jesús y del movimiento que inició, queremos saberlo todo sobre él, especialmente sus pensamientos más íntimos; por ejemplo, qué pensaba de sí mismo. Como he indicado más arriba, pienso que tenemos pruebas suficientes de algunas de las cosas que Jesús pensó. Pero los pensamientos más íntimos, incluso los de personas cuyas vidas públicas están bien documentadas, resultan por lo general esquivos. ¿Qué pensaba realmente Lincoln, en lo profundo de su corazón, acerca de la emancipación de los esclavos?

⁷ Véase Albert Schweitzer, *The Quest of the Historical Jesus*, traducción inglesa 1910 (original alemán 1906), pp. 13-26 [trad. esp.: *Investigación sobre la vida de Jesús*, Valencia 1990].

Es una pregunta difícil, aunque tenemos un montón de material acerca de Lincoln y sabemos lo que hizo y cuáles fueron sus efectos. Algo parecido sucede con Jesús, aunque nuestra documentación es menos completa: sabemos algunas de las cosas que hizo, bastante de lo que enseñó, y mucho acerca de sus efectos. Debemos, pues, tratar de deducir lo que pensó en lo más hondo de sí mismo. No conviene que nos retraigamos de tales deducciones, pero debemos reconocer que son menos seguras que sus palabras y obras, ya de por sí bastante difíciles de determinar con seguridad.

El objetivo de este libro es exponer lo más claramente posible cuanto podemos conocer utilizando los métodos normales de la investigación histórica, y distinguir esto de las deducciones etiquetando éstas claramente como tales. Los análisis generales sobre los milagros y la enseñanza de Jesús incluirán algunos pasos de cuya fiabilidad dudo (como subrayaré en los lugares oportunos), pero las pruebas que considero seguras regularán los temas, las categorías y las conclusiones.

Este objetivo es modesto, pero cumplirlo es difícil. A menudo los autores desean explayarse en la complejidad de sus materias, para de ese modo ganarse la comprensión del lector. Ciertamente, espero tener lectores comprensivos, pero también pienso que los libros sobre Jesús son más difíciles de escribir que los libros sobre otras personas de las que poseemos documentación análoga. Ya he indicado que personas que se contentan con información general acerca de otras figuras de la antigüedad quieren saber mucho más acerca de Jesús. Hay además otros problemas especiales. Uno es que las fuentes primarias, los evangelios del Nuevo Testamento, se han leído de forma muy generalizada y resultan inmediatamente accesibles al público que lee. Esto exige del autor que explique con cierto detalle cómo usa él las fuentes, tarea que el biógrafo de otras figuras de la antigüedad puede tratar con brevedad o incluso omitir completamente. Todos los historiadores tienen opiniones acerca de sus fuentes, pero por lo general sólo han de explicarlas a otros estudiosos. El análisis de los problemas que plantean las fuentes antiguas es casi necesariamente técnico, y esto impone una pesada carga extra al autor y al lector. Un problema más importante es que prácticamente cada uno tiene su propia opinión sobre Jesús y, por tanto, una idea preconcebida de lo que un libro sobre Jesús debería decir. Con muy pocas excepciones, esas opiniones son sumamente favorables. La gente quiere estar de acuerdo con Jesús, y esto a menudo significa que lo ven de acuerdo con ellos mismos.

En particular, la enseñanza ética de Jesús ha suscitado alabanzas de casi todas partes. La enseñanza reunida en el sermón de la Montaña (Mt 5–7), especialmente los mandamientos del amor a los enemigos y de poner la otra mejilla, junto con las parábolas de Lucas, como la historia del buen samaritano, a menudo han servido de compendio de la verdadera religión

en el pensamiento de los grandes y famosos, incluidos aquellos que no sintonizaban con todos los aspectos o con muchos de la religión organizada. Thomas Jefferson era enemigo de una Iglesia oficial (o sea, de una religión oficial del Estado), y esta opinión pasó a formar parte de la Constitución de los Estados Unidos; pero Jefferson fue aún más lejos: escribió que había “jurado sobre el altar de Dios hostilidad eterna a toda forma de tiranía sobre la mente humana”, incluidas de forma particular las doctrinas de muchas confesiones cristianas.⁸ Sin embargo, consideró a Jesús un “trabajador de categoría superior”, cuyo “sistema de moralidad fue el más benevolente y sublime que probablemente se haya enseñado nunca”. Jesús, sostenía Jefferson, “se dio cuenta de la incorrección de las ideas de sus antepasados sobre la deidad y la moralidad”, y “emprendió la tarea de llevarlos a los principios de un deísmo puro, y a nociones más correctas de los atributos de Dios, para reformar sus doctrinas morales según el modelo de la razón, la justicia y la filantropía, y para inculcar la creencia de un estado futuro”.⁹ Es decir, Jesús era muy parecido a Jefferson.

Charles Dickens fue mordaz con la Iglesia victoriana. Un día de otoño, escribió, en Coketown (la ciudad de ficción de Dickens donde se debían ver todos los desastres sociales y ecológicos de la revolución industrial) “las alondras cantaban (aunque era domingo)”.¹⁰ En un amplio pasaje de *Little Dorrit* Dickens se explayó sobre los horrores del domingo. Un personaje, Clennam, recuerda una legión de domingos pasados, “todos días de amargura y mortificación inútiles”. El novelista contrastaba los aburridos sábados victorianos, sin embargo, con “la benéfica historia del Nuevo Testamento”, de la cual Clennam nada había aprendido durante las horas que había pasado en la iglesia.¹¹ Hacia el final del libro, la heroína insta a la severa señora Clennam a no aferrarse a su religión vengativa, sino a “dejarse guiar solamente por el sanador del enfermo, el resucitador de los muertos, el amigo de todos los afligidos y desamparados, el maestro paciente que derramó lágrimas de compasión por nuestras debilidades”. La aversión de Dickens hacia el domingo no se extiende a Jesús. Los domingos tal vez fueran tétricos en Coketown, pero el verdadero problema era que los hombres al mando, como el señor Gradgrind, pensaban “que el buen samaritano fue un mal economista”.¹²

⁸ E. Forrester Church, “Introducción”, *The Jefferson Bible*, 1989, p. 7.

⁹ *Ibid.*, p. 9

¹⁰ Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, cap. 6.

¹¹ Charles Dickens, *Little Dorrit*, cap. 3.

¹² Charles Dickens, *Tiempos difíciles*, cap. 12.

Winston Churchill, aunque no le desagradaba el cristianismo oficial, adoptó la misma opinión sobre Jesús. Según un periodista, durante una larga conversación con Harry Hopkins y otros en 1941, Churchill analizó la tarea de reconstruir el mundo cuando la guerra hubiera acabado por fin. “No podríamos encontrar cimiento mejor para construir sobre él que la ética cristiana, y cuanto más de cerca sigamos el sermón de la Montaña, más posibilidades tendremos de alcanzar el éxito en nuestros esfuerzos”.¹³ Once años más tarde, Churchill todavía consideraba el sermón de la Montaña como “la última palabra sobre ética”.¹⁴

La aprobación general de Jesús demuestra lo bien que hicieron su trabajo los autores de los evangelios. Pretendían que la gente se volviera hacia él, lo admirase y creyera que fue enviado de parte de Dios y que el seguirlo les conduciría a la vida eterna. En pocas ocasiones se han cumplido más plenamente las esperanzas. Desde el punto de vista de los autores, admirar a Jesús y creer en él iban juntos. Mateo y Lucas (a quienes debemos el sermón de la Montaña y el buen samaritano) no habrían comprendido la separación de la enseñanza de Jesús respecto a sus propias convicciones teológicas, de que Dios lo envió para salvar al mundo. No obstante, el modo en que compusieron sus libros permite al lector escoger con cuidado, y así lo han hecho muchos lectores, que han admirado a Jesús, pero sin estar de acuerdo con la teología cristiana. En esos casos se han cumplido al menos algunos de los objetivos de los evangelistas.

Toca al historiador ser la persona que someta los evangelios a malos tratos. El historiador puede dar o no dar su asentimiento a la teología de los evangelios, a la opinión de que *Dios* actuó a través de Jesús. En cualquier caso, debe ser consciente de que sus autores abrigaban convicciones teológicas y pudieron revisar sus relatos para apoyar su teología. El historiador también debe sospechar que la enseñanza ética, que tanto ha impresionado al mundo, fue elevada por el uso homilético y por las mejoras redaccionales que se dieron entre el tiempo en que vivió Jesús y la publicación de los evangelios. Aparte de estas sospechas, el estudioso tiene la obligación profesional de someter las fuentes a un interrogatorio severo y riguroso: “*Decís* que ‘todos los habitantes de Jerusalén’ acudían a escuchar a Juan Bautista (Mc 1,5) y que Jesús curaba ‘toda dolencia y toda enfermedad’ (Mt 4,23). Me permito deciros que exageráis enormemente”. En estos dos pasajes, naturalmente, el historiador solamente observa una exageración retórica. Pero las preguntas deben continuar: “*Decís* que sus ene-

¹³ John Colville, citado por Martin Gilbert en *Finest Hour. Winston S. Churchill 1939-1941*, 1983, p. 995.

¹⁴ Martin Gilbert, *Never Despair. Winston S. Churchill 1945-1965*, 1988, p. 730.

migos estaban llenos de malicia y engaño. Me permito decirlos que algunos de ellos eran sinceros, honrados y devotos, y que, por tanto, el conflicto no fue tan simple como una película del Oeste, en la cual unos llevan sombreros blancos y otros negros”. Y así continuaríamos a lo largo de todo el relato. Es decir, el historiador, a diferencia del político, el novelista o el moralista, no puede escoger con cuidado sólo aquellas partes de los evangelios que resultan imponentes y se pueden utilizar para estimular a los demás. El historiador selecciona, pero basándose en principios diferentes: ¿qué se puede probar?, ¿qué se puede refutar?, ¿qué se sitúa entre ambos extremos?

El plan de lo que sigue es éste. En los próximos cinco capítulos hay más material introductorio: el capítulo 2 es un bosquejo preliminar de la vida de Jesús y su época; el capítulo 3 es una breve relación de la situación política en la Palestina del siglo I; los capítulos 5 y 6 analizan algunas de las dificultades de nuestras fuentes. La parte esencial del libro serán los capítulos que intentan una reconstrucción histórica de las actividades de Jesús, su enseñanza, sus conflictos con otros y su muerte. Un epílogo ofrecerá reflexiones acerca de los relatos de su resurrección.